

Bajo el sol de Venecia

Serena Arci



Capítulo 1

Bajo el sol de Venecia

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Sobre el río de Venecia y bajo el sol brillante de la tarde, una góndola se mece sobre las tranquilas aguas del canal. Una pareja de jóvenes enamorados en su interior no para de besarse.

El joven de cabello corto y de grandes ojos marrones no aparta la vista de la dama. La sostiene sobre su regazo y la deleita con tiernas caricias. Una de sus manos se introduce por debajo de su espalda y es capaz de bordear por completo su cuerpo y rozar con las yemas de los dedos su suave y delicado pecho. La otra en cambio, palpa con delicia sobre la piel desnuda del escote y va ascendiendo suavemente con la esperanza de alcanzar la barbilla y retenerla para que no se le escape de esa envolvente locura. Tímidamente deja al descubierto una encantadora sonrisa y posa sus labios suaves sobre su delineada boca. Con determinación y con un gran anhelo succiona, pues quiere tener dentro de sí el alma de su amada.

La joven, toma su cabeza con pasión y se deja llevar por los rincones del amor.

Aquella mujer no comprendía cómo en una noche llena de dolor fura capaz de hallar el amor de su vida y en una calle poco transitoria.

Paola era una chica muy amable y demasiado creída de la gente. No era la chica más ardiente de la ciudad, pero sí muy inteligente y muy trabajadora. Hacía un par de años su amiga Carina le había presentado un compañero de trabajo y gran amigo de su prometido. Verdaderamente Paola no comprendía cómo aquel chico pudo fijarse en ella, pues era el más cotizado y deseado de la oficina por parte de muchas señoritas. Con el pasar de los meses aquel chico se le declaró y fueron grandes

enamorados.

Una tarde de verano Filip envió un mensaje de texto en donde se disculpaba tiernamente con ella por no presentarse a tiempo a su cena familiar ya que un inconveniente en la oficina lo demoraría y por tal motivo le sería imposible asistir a su velada familiar. Paola no protestó al respecto, aunque claro, sabía de antemano que su madre haría un sinfín de interrogantes esa noche con respecto a su enamorado y prefirió no concurrir con ellos. Decidió salir a la calle y visitar a unos amigos. Tomó pues el transporte público que la escoltaría a su destino.

Se mantenía aferraba fuertemente a una de las manijas del autobús y mirando la pantalla del celular esperando pacientemente un mensaje de esos que le encantaba leer de su amado, cuando de repente, entró un mensaje de su querida amiga...

Paola, lamento mucho no poder asistir a tu cena familiar, pero surgió un inconveniente con mi prometido y he decidido solucionarlo. Así que comiencen sin mí, te prometo que te compensaré la próxima vez que nos veamos.

Paola hizo una pequeña mueca en los labios y escribió:

No te preocupes Carina. Espero que todo salga bien.

Enseguida colocó el celular en su chaqueta y se sujetó nuevamente del pasamanos.

Sabía que en el bar de la quinta sería bienvenida, ya que antes de trabajar en la oficina de la franquicia de los *Holmet*, laboraba en ese modesto lugar. El dueño siempre había hecho referencia de que cualquier día sería bienvenida en el lugar, y que mejor momento que ese día en el cual había prometido a sus padres presentar a aquel que al parecer sería su pareja de por vida.

Paola recordó con cariño a sus viejas compañeras y mejores amigas. Se cuestionó si todavía la pequeña Martha seguía laborando como mesera en aquel modesto sitio, o si Pedro mantenía su puesto en la entrada principal y resguardándola como siempre de todo hombre malhumorado, o si Antonella seguía ofreciendo la cerveza del local para echarse un extra al bolsillo. Mil y una cosa recordó estando en aquel lugar, cuando de repente, por el cristal del autobús descubrió el auto descapotado de su pareja. Sonrió para sí. Sabía que era él. Miró cómo este transitó por su costado para adelantarse y doblar en la siguiente esquina. Paola sonrió y de inmediato tocó el timbre para bajar de él. Cuando sus pies tocaron el pavimento, se acomodó el cabello, sujetó el bolso con alegría y se encaminó por la cera. Advirtió a la distancia que el auto se estacionaba cerca de un bar y se aproximó con alegría. Al instante y con

la mayor sorpresa contempló a su amado Filip abrazando a una bella chica. Ella se quedó helada contemplando cómo su amado se comía a besos a aquella hermosa mujer y que sin lugar a duda era su mejor amiga Carina. El joven sin demora posó a la chica en el auto y marchó con ella, pero antes de doblar en la siguiente esquina ingresó a un hotel. Paola se encaminó hacia ellos y permaneció en silencio fuera del local y contemplando a la vez la recepción por el cristal. Notó cómo Filip se registraba alegremente exponiendo una sonrisa en los labios en todo momento. Al recibir la llave por parte del recepcionista cogió a Carina por la muñeca y montó escaleras arriba.

Paola se quedó helada y mirando a la vez a su querido Filip. Con cuanto descaro la pareja de jóvenes amantes se burlaba de ambos; ella contemplando la escena, y el prometido de Carina seguramente en la oficina aguardando por ella. Las primeras lágrimas rodaron por su mejilla, su corazón se desquebrajó y un nudo en su garganta se fue formando. No esperó a más y dio media vuelta para luego marchar.

No regresó nunca más a la oficina de los Holmet y aunque Filip la buscó ella se negó atenderle. Lo último que hizo el joven fue enviarle un mensaje de texto en donde aguardaba una respuesta de su parte. Paola con firmeza en su interior escribió: *<<te vi con ella...>>* El trató de zafarse diciendo que era seguramente una amiga, y que nunca ha habido y habrá alguien más para él. Paola con dolor en el alma respondió: *<<Ingresaron al Hotel Heder y tú tomaste su mano para encaminarla hacia la habitación, no me hagas decir su nombre porque ambos sabemos de quién se trata...>>* Filip no declaró nada y jamás volvió a buscarle. Carina en cambio discutió con ella por teléfono pidiendo que no dijera nada a su prometido, que fue una torpeza de su parte y que jamás volvería a ocurrir. Ella mencionó que no había ningún problema y que todo había quedado en el pasado, pero nunca más quiso volver a verle.

Con el paso de los meses se dedicó simplemente a laborar. Su amigo Giorgio le ofreció nuevamente un puesto en el bar y ciertamente aquel día en el que se presentó en el sitio demasiado afligida; Sus ojos mostraban tristeza, sus manos se abrazaban a ella, su cabellera era un desastre y su cuerpo se percibía tembloroso. Cuando Giorgio giró y la descubrió sobre su taburete se encaminó a ella y escuchó su pesar. Después de pasar su mano por el rostro y acomodarle un mechón de cabello por detrás de la oreja le dijo:

—Hombres hay por doquier, Paola, y no llores por ese cabrón que no vale la pena. Ven, te serviré mi mejor trago para que te haga olvidar a ese canalla... ¡Y qué ni se te ocurra regresar con él!, porque hombres así nunca cambian en la vida. Mejor quédate con nosotros, pues sabes bien que aquí tienes una segunda familia.

Paola aceptó con gusto su oferta y permaneció con ellos.

Sobre el mostrador del bar se apreciaba un hombre muy apuesto todas las noches y bebiendo un trago de vez en cuando. Solo se dedicaba a contemplar a Paola y mirar cómo atendía a la gente con agrado.

Una noche, y después de trabajar y pasar por la calle desolada y cubierta de agua, Paola topó con tres tipos muy ebrios que deseaban saber a qué sabían sus labios. Estando forcejeando con uno de ellos y concentrada de que este no le arrebatara su bufanda preferida, se aproximó un hombre con sigilo por su retaguardia y la defendió. Quedó absorta cuando contempló que aniquilaba a cada uno de ellos y caían uno a uno a sus pies. Cuando el último tipo tocó suelo aquel hombre se dirigió a ella con su mirada serena.

—Te encuentras bien? —declaró con un tono de voz grave y ronca. Paola, incrédula, contempló que se trataba del mismo individuo del bar.

—Sí... sí, estoy bien.

—Si gustas, te llevaré a tu hogar —y se aproximó a ella—. No vaya a ser que te topes con alguien más que te quiera hacer daño. ¿Acaso no sabes que a estas horas no se puede andar por aquí?

—No... no, no lo sabía.

—Bueno, mi auto se encuentra estacionado por aquel sitio. ¿Vienes? —y le extendió el brazo.

—Te lo agradezco. —y lo cogió.

Dejó que la escoltara y marchó con él. Como todo un caballero la posó en la puerta de su departamento y en cuanto dijo su nombre marchó. Después de ese encuentro la visitaba en el bar y dialogaba con ella a toda hora. Le narraba anécdotas graciosas que hacía mostrar su hermosa sonrisa. Con el paso de los días la invitó a salir y para el siguiente mes ya eran enamorados.

Los meses transcurrieron con rapidez, y pasó poco más de un año cuando con emoción el joven le pidió que vivieran juntos. Paola accedió gustosa y decidieron vivir en un modesto departamento de Florencia.

Una mañana fresca, Marcello contempló sobre los lienzos de su cama una mujer desnuda y con la cual había pasado una noche maravillosa. Sin titubear aguardó a que la chica despertara para averiguar algo que no dejaba tranquilo. Cuando Paola abrió los ojos y lo contempló a su costado

no reparó en cuestionar.

—¿Por qué me miras así?

Él se mantenía recargado en un sillón rojo y con la pierna cruzada, su mano derecha se posaba sobre el porta brazo y sujetando a la vez su barbilla.

—Solo percibo lo hermosa que eres ..., y lo afortunado que he sido yo.

Reveló alegre y con una sonrisa en los labios.

—¡Oh, Marcello!, fanfarroneas... Sabes que no es cierto.

—Lo es, mi querida Paola... Eres la más hermosa para mí... Solo dime, ¿a dónde te gustaría salir en estas vacaciones?

—No lo sé —declaró sorprendida—, pero... me encantaría visitar Venecia.

—¿Venecia...? Bien —sonrió—... Entonces así será.

—Oh, Marcelo, por favor —meneó la cabeza incrédula—. Lo dices como si fuera a ocurrir.

—Ocurrirá, querida. Solo espera.

Paola no creía en sus palabrerías ya que era demasiado obsesivo con su trabajo como para dejarlo botado por ella. Fue tremenda la sorpresa que le dio cuando transcurrieron los días y marcharon allá.

La joven se encontraba maravillada por todos los detalles que Marcello hacía para ella; Flores, vino, baile, besos y caricias... Todo..., todo era maravilloso. No fue hasta que ascendió a una góndola y transitaron por el caudal de la ciudad cuando Paola sucumbió a su amor.

Marcello no le había mencionado, pero había hecho una reservación en un restaurante muy fino y en donde era bien sabido que las parejas declaraban su amor al ser tocadas por cupido. En aquel sitio tenía planeado dar el paso más grande de su vida. Sabía que una mujer como Paola no la hallaría en cualquier sitio.

Sabía que tendría que aguardar pacientemente a que llegara el momento, en donde él con impaciencia y con un poco de temor, mostraría el anillo que portaba dentro de la chaqueta, y el cual, había deseado su

madre se lo obsequiara a su futura mujer.

Para mi querida sobrina Jaz. Espero que te agrade